

RECENSIONES

DANIEL COLARD: *Les relations internationales*, París, Masson, 1977, 174 pp.

Esta obra empieza con una introducción general (pp. 9-14) centrada:

a) En primer lugar, sobre *la escena internacional contemporánea*, que es configurada a base de estos elementos: i) La *originalidad* de la sociedad internacional en comparación con la sociedad política interna: una estructura compuesta de «Estados *juridicamente soberanos e iguales*». ii) El *carácter imperfecto, inorganizado y poco estructurado* de la sociedad interestatal en relación con las sociedades políticas nacionales. iii) La *aceleración de la Historia y las mutaciones producidas en la distribución mundial de fuerzas y de polos de potencia*.

b) En segundo lugar, sobre *el estudio de las relaciones internacionales*, en tanto que «*Ciencia de las relaciones internacionales*». A no confundir: i) con el Derecho internacional: «una ciencia de normas y no de hechos»; ii) con la historia diplomática, que no es «una ciencia experimental»; iii) con la política extranjera, interesada en las «condiciones en que funciona, actúa y reacciona un Poder estatal determinado frente a los problemas exteriores», y con el peligro de *privilegiar* la política exterior de tal o cual Potencia con relación a las otras y de «transformar al investigador en consejero político de los gobernantes que tienen por misión promover el interés *nacional*».

Pues bien, de esa ciencia de las relaciones internacionales el autor presenta una serie de rasgos caracterizadores: i) Disciplina nacida, en tanto que ciencia *autónoma*, en los Estados Unidos y en la Gran Bretaña, después de la primera guerra mundial, con una *gran expansión* en los países anglosajones, a causa de: α) La agilidad de su sistema universitario. β) La amplitud de las responsabilidades mundiales de esos países. (Y disciplina con un «*retraso considerable*» y «*subdesarrollo*» en la Europa continental.) ii) Objeto de las relaciones internacionales: «el mismo que el de la Ciencia Política». Distinguiéndose entre Ciencia Política *interna*, consagrada al estudio de los problemas internacionales, y Ciencia Política *externa*, consagrada al estudio de los problemas internacionales. Ciencias con *objeto y métodos idénticos*, cambiando solamente el campo geográfico. Concepción con «una lógica rigurosa, tanto más cuando existe una *interacción constante* entre los fenómenos internos y los fenómenos externos, entre las políticas exteriores y las políticas interiores» (pp. 11-12). iii) Contenido: las relaciones pacíficas

RECENSIONES

y belicosas entre Estados, el papel de las organizaciones internacionales, la influencia de las fuerzas transnacionales y el conjunto de actividades y cambios que trascienden las fronteras estatales (cf. p. 12). iv) El estudio científico de las relaciones internacionales: «examinar positivamente y globalmente los fenómenos internacionales», esclarecer «los vínculos de causalidad y los factores determinantes de la evolución de los fenómenos internacionales», e intentar «formular una teoría inteligible» (cf. p. 12).

La obra propiamente dicha se abre con un capítulo—el primero: pp. 15-32—en donde se estudian *las principales corrientes doctrinales en materia de relaciones internacionales*. Así:

a) Anarquía u orden en la sociedad internacional: la teoría clásica del «estado de naturaleza» y la teoría más moderna de la «comunidad internacional». En realidad, para D. Colard, la sociedad internacional se halla a *medio camino entre la comunidad y la anarquía*. «Su naturaleza es mixta: presenta caracteres ordenados y desordenados» (vid. p. 21). En la sociedad internacional planetaria, se combinan los *elementos de unificación* (progreso científico y técnico) con los *elementos de diferenciación* (división horizontal, de naturaleza política e ideológica: conflicto Este-Oeste; división vertical, de naturaleza económica y tecnológica: conflicto Norte-Sur). Mas otro importante componente: no existencia de *cloison étanche* entre política nacional y política internacional (cons. p. 21).

b) La corriente ideológica marxista: tema a estudiar, ya que esta concepción ejerce una importante influencia sobre ciertos Gobiernos y sobre los investigadores. Con la particularidad adicional de que el marxismo es, a la vez, una *teoría* y una *praxis*.

c) La corriente doctrinal anglosajona: Quincy Wright, Hans J. Morgenthau, Stanley Hoffmann, G. Schwarzenberger, H. H. Kissinger.

d) La Escuela francesa de las Relaciones internacionales: Raymond Aron, M. Merle, P. F. Gonidec y Ch. Zorgbibe.

Un punto a retener aquí: los *desacuerdos ideológicos* y las *controversias doctrinales*, etc., existentes en esta materia. «No resulta exagerado decir que prácticamente existen tantas concepciones o teorías de los fenómenos internacionales como autores» (cons. p. 15).

Ahora bien; para comprender la sociedad internacional, han de tenerse en cuenta dos elementos fundamentales: de una parte, los «factores» que influyen en su funcionamiento; de otra parte, los «actores» que intervienen en esa sociedad internacional.

Pues bien; el capítulo segundo del libro de Colard—pp. 33-52—se ocupa de *los factores de las relaciones internacionales*: factor geográfico (el clima, la Geopolítica, los recursos naturales); factor demográfico (distribución de la población; índice de crecimiento; las teorías de la presión demográfica; etc.); factor económico; factor técnico y científico; factor ideológico (cuestión nada sencilla); el factor de la personalidad y la acción del hombre de Estado (variedad y complejidad de los hombres de Estado; principales tipologías de los hombres políticos, etc.).

RECENSIONES

Los actores del juego internacional constituyen el objeto del capítulo tercero (pp. 53-72). De esta manera:

a) Los actores *privilegiados* del sistema internacional de Estados (elementos; principios político-jurídicos de las relaciones entre Estados; «clubs» de Estados). Una afirmación clave: «el actor principal, el actor privilegiado por *excelencia* de las relaciones internacionales sigue siendo *sin disputa* la unidad estatal independiente y soberana» (vid. p. 73).

b) Los actores *secundarios*: las organizaciones internacionales, consideradas a modo de *relais* aptos para convertir y redistribuir la energía recibida, más que como centros de impulso dotados de un dinamismo propio (cons. p. 63).

c) Los actores *potenciales* y *ocasionales* de las relaciones internacionales: las fuerzas transnacionales (desde Internacionales políticas hasta firmas multinacionales y opinión pública internacional).

Pues bien; tenemos que el medio internacional presenta un carácter distintivo a base de estos tres puntos: 1.º Estar fragmentado en Estados, a la busca cada uno de ellos de sus propios objetivos, etc. 2.º Haber una desigualdad compleja entre los Estados componentes. 3.º Faltar un poder temporal por encima de las diversas unidades estatales. Es la caracterización de Stanley Hoffmann.

Y he aquí que—en tal contexto—la combinación de fuerzas en presencia engendra—en el tiempo y en el espacio—«constelaciones diplomáticas» o, dicho de otra manera, un «juego diplomático-estratégico».

Pues bien; el tema del capítulo cuarto de esta obra—pp. 73-85—es el de *las constelaciones entre Estados: los sistemas internacionales*. En él se estudian: el principio del equilibrio y sus aplicaciones (los dos modelos principales), y el sistema unipolar o imperial (negación del principio del equilibrio).

El capítulo siguiente entra en los *caracteres del sistema internacional de los años 70* (capítulo 5: pp. 86-93). De este modo:

a) Un sistema *en mutación*: descolonización, revolución nuclear, revolución científica y técnica, emergencia del tercer mundo.

b) Un sistema, a la vez, *bipolar* y *multipolar*: mantenimiento de la bipolaridad militar y «una cierta multipolaridad política» (con el doble efecto de la bipolaridad nuclear: un efecto estabilizador interbloques y un efecto desestabilizador intrabloques).

«El problema de los problemas», el problema que condiciona la solución de todos los demás—sobre todo, en la era nuclear—es el problema de la paz. Por lo demás, un problema tan antiguo como el mundo. Mas nos encontramos con que la revolución nuclear ha engendrado *una nueva forma de paz: la paz por el miedo*—o por el *equilibrio del terror*—basada en la estrategia de la disuasión y el control de los armamentos.

Pues bien; el objeto del capítulo sexto—pp. 94-105—es analizar las particularidades de *la paz por la disuasión y el control de los armamentos*. Concretamente:

RECENSIONES

a) La paz por el miedo: la estrategia de la disuasión, con sus reglas fundamentales, la evolución de las doctrinas estratégicas, y el arma nuclear como *arma diplomática*.

b) La paz por el control de los armamentos. Es la cuestión de la «*infernal*» o «*loca*» *carrera de armamentos*. Problema el «más importante a que debe hacer frente el mundo».

Pero hay *otra forma de paz: la paz por la «détente»* (capítulo 7: pp. 106-125). El autor se plantea la cuestión en dos grandes apartados: a) las formas de la política de «détente» entre el Este y el Oeste (pp. 107-117) y b) las diferentes concepciones políticas de la «détente» (pp. 117-123).

Pues bien; tenemos que la «détente» es la «disminución o relajación de la tensión internacional» (según el Dic. *Petit Robert*).

Ahora bien; estamos ante un concepto que es una «falsa idea clara». Las divergencias surgen cuando se trata de darle «*un contenido político preciso*». La ambigüedad de la noción es tan grande que ningún politólogo ha podido dar todavía una definición *rigurosa* (p. 117). Y se acumulan los interrogantes. ¿Término sinónimo de coexistencia? (El citado *Petit Robert* identifica la «détente» con la coexistencia). ¿Sistema nuevo? ¿Otro ciclo histórico? ¿Concepto operacional? ¿Fenómeno circunstancial, coyuntural? (Es decir: cambio *en* el sistema de bloques y no cambio *del* sistema de bloques. *Vid.* p. 107). O, finalmente, ¿simple estado de espíritu?

La realidad es que hay cosas como:

i) Distinción de ciclos en la «détente»: a) Período 1963-1968: «détente» aseguradora, entre los Supergrandes que legalizan la bipolaridad nuclear, prohíben la proliferación y cierran el «club» atómico. β) Período 1969-1975: sistematización y multilateralización del proceso.

ii) Diversidad de concepciones: a) Concepción estadounidense: la «détente» como proceso encaminado a «la instauración de relaciones más sanas y más seguras entre los Estados Unidos y la Unión Soviética», significando «un ferviente deseo de paz, pero no la paz a cualquier precio» (presidente Ford). Y la «détente» como «comportamiento de moderación» entre las Superpotencias y no «el derecho a pescar en aguas revueltas». Etc. (Cons. p. 124). β) Concepción soviética: «détente» internacional no significando en modo alguno «el abandono de la lucha de las ideas» (Brezhnev). (*Vid.* p. 125). γ) Concepción francesa: «détente» en la multipolaridad y en la independencia (cf. p. 120).

Sobre la *paz por el no-alineamiento* (capítulo 8: pp. 126-142) se presentan:

a) La problemática *teórica* del no-alineamiento.

b) Las manifestaciones *políticas* del no-alineamiento en el período 1961-1976.

Interesante resulta la preocupación que D. Colard siente por ofrecer dos características de este movimiento:

i) *La crisis del no-alineamiento: 1964-1970*, explicada por el paso de la guerra fría a la era de la «détente». Paso simbolizado por el Tratado de Mos-

RECENSIONES

cú sobre el cese parcial de las pruebas nucleares. El hecho es que la política del no-alineamiento se veía afectada por: *α) anacronismo*, con considerable disminución del valor de regateo del no-alineamiento; *β) ineficacia*: división y rivalidades; *γ) deformación*: práctica, a veces, por países «no-alineados» de una «política muy comprometida».

ii) La radicalización del movimiento. Tema evaluado a base de: *α)* poner el acento sobre *el criterio de la pobreza*, junto al de la neutralidad, y *β)* poner el acento sobre el paso del *no* en el *no-alineamiento* al *alineamiento* (tesis de Jean de Lacouture). Es el toque el *anti-imperialismo*. Así, vemos que al principio del movimiento del no-alineamiento, el objetivo era *no* dejarse arrastrar por los mecanismos fabricados y manipulados por los «Grandes». Ahora, se trata de montar *mecanismos propios* frente a los «Grandes».

Mas sabido es que —como ha señalado Pablo VI— el nuevo nombre de la paz se llama desarrollo. Punto sobre el que insiste Colard (*vid.* pp. 140 y 161).

Pues bien; lógico es que se dedique todo un capítulo a *la paz por el desarrollo* (pp. 143-165). Ello se hace analizando:

a) La faceta de la cooperación internacional para el desarrollo: problemática del subdesarrollo del tercer mundo y Derecho internacional del desarrollo.

b) La faceta de la marcha hacia el establecimiento de un nuevo orden económico internacional: sus primeros elementos (Convención de Lomé y diálogo Norte-Sur).

El final de la obra comentada enfoca la cuestión *mundialismo, pacifismo y humanismo* (capítulo 10: pp. 166-172).

Ante la crisis —crisis «duradera»— del mundo actual, el autor se plantea el problema de prepararnos a ser capaces de «manejar lo imprevisible». Y, en esta dirección, se indica que la sociedad internacional contemporánea del último cuarto de siglo está marcada por tres grandes corrientes de pensamiento:

a) El mundialismo: *a problemas mundiales, soluciones mundiales*. Es el problema de la toma de «conciencia global de los problemas de la especie» humana. Ahora bien; con el gran asunto de esta materia: el «estado quaprimitivo» de la «mundialización del pensamiento» (Giscard d'Estaing).

b) El pacifismo. Tema visto a través de: *i)* La reciente *Irenología* o *Ciencia de la paz*, consistente en un enfoque, *a la vez*, ético, político y normativo de los problemas de la paz, con distintas Escuelas de pensamiento. *ii)* La paz por *convergencia* de los sistemas sociopolíticos: bien por *simbiosis* o bien por *síntesis*. Con una tacha fundamental aquí: la Historia demuestra que, como dice Colard, las sociedades *homogéneas* son capaces de enfrentarse militarmente.

c) El humanismo. Es la materia con la que concluye el capítulo, y la obra. Asunto que, a fin de cuentas, puede compendiarse en la siguiente máxima: «la única querella que vale la pena es la del hombre. Es al hombre al que se trata de salvar, de hacer vivir y de desarrollar» (Charles de

RECENSIONES

Gaule). Y en el sentido de que tanto el mundialismo como el pacifismo no son más que «medios de definir un nuevo humanismo» (cf. p. 172).

En conclusión, digamos que el libro de Colard es:

a) Una obra *de iniciación*, a la vez, teórica y sociológica, a los distintos aspectos del funcionamiento del sistema internacional de la era nuclear, presentando lo esencial de cada tema en unas pocas páginas, con precisión, con claridad.

Es de subrayar que cada capítulo va acompañado, generalmente, de distinto material: unas veces, temas de reflexión sobre el asunto tratado en él; otras veces, bibliografía al respecto; en otras ocasiones, bibliografía y documentos a la vez, etc.

b) Una obra *de rechazo del utopismo*, con gusto por las convergencias y por el espíritu de tolerancia, y abierta a todo lo que es nuevo en el orden intelectual (cf. Edgard Faure, en el prólogo).

c) Otra *aportación*—saludable aportación—gala al estudio de la Ciencia de las Relaciones internacionales, todavía poco conocida en Francia, o muy mal conocida—según se ha dicho en la misma Francia—. ¡Buen ejemplo gallo—una vez más—para otros mundos!

LEANDRO RUBIO GARCIA

Varios autores: *Sobre el problema coreano* (discursos de los representantes de diversos países en el 30.º período de sesiones de la Asamblea General de la ONU). Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pyongyang, Corea, 1976, 335 pp.

Un excelente comentarista de política internacional subrayaba, a finales de diciembre de 1972, lo siguiente: «... la guerra de Vietnam ya no significa nada para nadie... *excepto para los vietnamitas mismos*». Palpita en esta frase una profunda y amarga filosofía que, en rigor, no desmiente la realidad misma. En efecto, el final de cada guerra tan sólo interesa y tan sólo entraña gigantesca importancia para quien, vencedor o vencido—nunca se puede calcular, ante la magnitud de una contienda, la rentabilidad de la misma—, se encuentra con su marco geográfico—el teatro de la hostilidad—radicalmente deshecho y, consecuentemente, tiene ante sí la dramática coyuntura de tener que verificar una reconstrucción sólida de sus estructuras políticas, sociales y económicas. Sobre esta situación, cosa que puede afirmarse sin temor a la aventura, muy escasas veces se pronuncia ningún parlamento ecuménico por trascendental que el mismo sea. Esta es, en parte, la cara negativa que se nos ofrece en este extraño libro, de inequívoco matiz internacionalista, en el que se insertan, como diáfano se nos indica en el subtítulo del mismo, algunas—no todas (lamentablemente)—de las diferentes intervenciones que, ciertamente, en el foro de la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas se llevaron a cabo *sobre el problema coreano*.

RECENSIONES

El lector de estas páginas, a poco que avance en la lectura, se encontrará con una monótona e incansable repetición, por parte de los señores simpatizantes de la República Popular Democrática de Corea, de la misma tesis, del mismo argumento y casi de las mismas palabras, a saber: *la ilegítima injerencia de fuerzas extrañas en la nación coreana*. La primera intervención, por supuesto, es la referente al señor Li Jong Mok—de la referida República Popular—. A juicio del referido diplomático es obvio que la tendencia de los tiempos es hoy que todos los países y naciones del mundo, grandes y pequeños, marchen por el camino de la soberanía y la independencia, oponiéndose a todas las formas de la subyugación. *Se acerca el día*, —nos dice el citado parlamentario— *en que el sistema colonial e imperialista se desmoronará y en que las colonias desaparecerán del globo de una vez por todas, gracias a la continua lucha de los pueblos oprimidos para la obtención de la liberación nacional, la soberanía, y la independencia*.

Enfrentándose con el tema central que anima a las páginas que comentamos—la injerencia política estadounidense—considera—y no se pierda de vista que los discursos divulgados a través de este libro todos fueron pronunciados antes de los acontecimientos de diciembre de 1972—que el problema coreano en modo alguno puede resolverse si, efectivamente, las tropas de los Estados Unidos permanecen en Corea del Sur. Pero los Estados Unidos, en forma obstinada, hacen toda clase de maquinaciones para mantener sus tropas en esa parte del país, basados en pretextos sin fundamento.

Así, por ejemplo, «los Estados Unidos siguen hablando de la llamada amenaza de agresión al Sur para justificar la ocupación a largo plazo de Corea del Sur por sus tropas. La realidad da una respuesta clara: ¿Quién está amenazado? ¿Nosotros o Corea del Sur?

¿Necesitamos acaso explicaciones para probar que todas esas cargas nucleares, armas atómicas y cohetes desplegados en la Línea de Demarcación Militar atentan contra el pueblo coreano y la República Popular Democrática de Corea, y amenazan gravemente la paz del país? Nadie cree ese cuento de la amenaza de agresión al Sur repetido por los Estados Unidos y por las autoridades sudcoreanas.

Los Estados Unidos proclaman en forma altisonante que estallaría una gran guerra si las tropas estadounidenses se retirasen de Corea del Sur. ¿Cómo puede el retiro de tropas extranjeras agresivas, que poseen armas mortíferas, provocar una guerra? Si las tropas estadounidenses, que engendran un peligro constante de guerra, se marchan de Corea del Sur y se mantienen alejadas del territorio coreano, la amenaza de guerra disminuirá en esa proporción».

Puede decirse, y esta afirmación es harto indicativa para que el futuro lector de este libro sepa a qué atenerse, que la obra objeto del presente comentario está plagada de interrogantes que se disparan, como amenazantes flechas, en demanda de la adecuada contestación. Interrogantes, claro es, que en ningún momento aquí se aclaran.

Para el diplomático anteriormente citado es claro, justamente, que la cuestión de mantener una paz duradera en Corea, una vez que se haya concertado el acuerdo de paz y se hayan retirado del Sur las tropas estadounidenses, no es una cuestión en la que deban tomar injerencia los Estados Unidos, sino que es algo que debe ser zanjado entre nosotros y el sur de

RECENSIONES

Corea. Para lograr una paz duradera en Corea, el norte y el sur del país deben acatar el Comunicado Conjunto Norte-Sur tomando medidas prácticas tales como dejar de reforzar los armamentos, reducir las fuerzas armadas de ambas partes en forma radical y a un mismo nivel, impedir conflictos armados y establecer garantías contra el uso de la fuerza de un bando contra el otro, después del retiro de las tropas extranjeras del sur de Corea.

Mucho más explícito que el diplomático de la República Popular de Corea resulta ser, a la vista del texto que en este libro se nos ofrece, el doctor Rahal—representante de Argelia—para quien, efectivamente, parece estar muy claro que la presencia norteamericana en Corea del Sur forma parte del programa o de la táctica de cercar y aislar a la República Popular de China, política que los Estados Unidos emplearon durante muchos años para combatir la influencia y la difusión de aquel país tanto en Asia como en el resto del mundo. Pero este contexto también ha cambiado, y las relaciones entre los Estados Unidos y la República Popular de China ya no están acentuadas por esa misma hostilidad.

Luego—reflexiona el diplomático argelino—, la guerra de Viet-Nam y la situación general en Asia sudoriental explicaron durante cierto tiempo el valor que atribuían los Estados Unidos a su presencia militar en Corea del Sur. El restablecimiento de la paz en Indochina y la nueva situación resultante en toda la región deberían facilitar, naturalmente, la solución de la cuestión de Corea y proporcionarle a las Naciones Unidas la oportunidad y la posibilidad de hacer evolucionar pacíficamente la crisis hacia la reunificación de Corea, llevando a los responsables coreanos a que resuelvan por sí mismos sus controversias al abrigo de toda injerencia extranjera.

Para el doctor Rahal el mundo ha entrado, aunque no lo parezca, en un período de necesario entendimiento. Efectivamente, señala el diplomático citado, «... a través de las diferentes relaciones internacionales se percibe hoy una clara evolución hacia el arreglo de las diferencias y de las crisis que amenazan la paz. En Asia misma, la guerra de Indochina concluyó finalmente con la victoria de los pueblos vietnamita y camboyano. Cada vez son más numerosos los que cantan las virtudes de la distensión y de los que preconizan la cooperación entre todos los pueblos. La península coreana y el pueblo coreano no pueden permanecer al margen de esta corriente. Víctimas de la guerra fría, deben beneficiarse ahora de la comprensión y de la solicitud de la comunidad internacional para recobrar finalmente una unidad que ya no se les puede seguir negando, una independencia por la que ya han pagado más que suficiente y una prosperidad que sabrán alcanzar por sus propios esfuerzos al poderse consagrar final y exclusivamente a la tarea constructiva de forjar su futuro. *La Asamblea General tiene hoy una oportunidad más de contribuir a su realización y de proporcionar los medios adecuados. Pedimos que no se deje pasar esta ocasión y que las Naciones Unidas no soslayen sus responsabilidades en un asunto que pesa tanto sobre su pasado, pero que ofrece tantas promesas para su futuro...*

Para el doctor Fall, brillante representante del Senegal, el tema coreano resulta ya arduo y, sobre todo, insolucionable por los medios diplomáticos. He aquí, entre otras puntualizaciones, una de las más acertadas: «Hemos aquí una vez más examinando la cuestión de Corea, problema que constituye uno

RECENSIONES

de los legados más pesados que, lamentablemente, nuestra Organización no logra superar. En efecto, desde hace casi un cuarto de siglo, cuando se silenciaron las armas, la península coreana sigue siendo uno de los principales focos de tensión en el mundo.

La división del territorio impuesto al pueblo coreano inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial rompió la unidad del país. Durante los últimos veintinueve años el pueblo coreano ha soportado y soporta aún la dolorosa condición de vivir en una patria arbitrariamente dividida en dos entidades antagónicas. Este problema es suficientemente conocido de todos como para que me sea necesario relatar otra vez su historia.

Un profundo deseo de reunificación del pueblo coreano se materializa en todos los actos del Gobierno de la República Popular Democrática de Corea, que jamás ha cesado de proseguir con la más firme determinación la lucha por la independencia y la unidad nacionales.

El doctor Fall insiste, desde una óptica esencialmente privada, que, efectivamente, «la realización de una paz duradera en Corea exige, en efecto, la solución de dos problemas. Por un lado, la transformación del Acuerdo de Armisticio en acuerdo de paz, cuestión que debería ser resuelta por las dos partes signatarias del Acuerdo de Armisticio, o sea los Estados Unidos de América y la República Popular Democrática de Corea; las otras partes se han retirado, especialmente la República Popular de China. Por otro lado, el desencadenamiento del proceso de reunificación del país. Esta cuestión debe ser resuelta únicamente entre el Norte y el Sur sin injerencia extranjera, proceda de donde procediere...».

Naturalmente no podríamos poner punto final a este comentario sin efectuar una alusión directa, esquemática y concreta, del pensamiento doctrinal mantenido por el señor Malik, representante de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, para quien el examen de la «cuestión de Corea» en las Naciones Unidas, y sobre todo los debates en las asambleas recientes, han demostrado sin lugar a dudas a toda la comunidad internacional que no hay fundamento ni justificativo alguno para mantener fuerzas extranjeras armadas en Corea del Sur. Con su presencia infringe el Acuerdo de Armisticio, según el cual todas las fuerzas armadas extranjeras hace tiempo fueron evacuadas del territorio de Corea del Norte. Tampoco es posible justificar el mantenimiento de estas tropas con referencias demagógicas a la llamada «amenaza desde el Norte». Hablar de tales amenazas, como ya los hechos lo han demostrado, no es otra cosa que propaganda de los interesados en mantener en Corea la situación absolutamente anormal y henchida de peligro.

También hay otras cosas patentes. Las tropas extranjeras son el sostén del régimen antipopular títere de Corea del Sur, que utiliza la presencia extranjera para mantener su dominio sobre el pueblo y sofocar las aspiraciones democráticas del pueblo sudcoreano. Especialmente en los últimos tiempos el régimen reaccionario de Seúl ha intensificado la represión contra grandes sectores de patriotas de Corea del Sur, que desean la unificación pacífica de su patria y están en contra de la injerencia externa en su vida. Además, apoyándose en las bayonetas extranjeras, el régimen de Seúl realiza una campaña de instigación contra la República Popular Democrática de Corea con el pretexto de versión calumniosa que han inventado respecto

RECENSIONES

de «la amenaza desde el Norte», expande los preparativos bélicos, aumenta los efectivos de fuerzas militares que ya cuentan con más de 600.000 hombres y los equipa con las armas más modernas que en grandes cantidades les llegan de Ultramar.

En definitiva, parece conveniente el indicarlo, el resto del libro objeto de nuestra glosa constituye una permanente variación sinfónica sobre el mismo tema: *la condena unánime de la injerencia norteamericana en las tierras coreanas*. El tema no está, como a primera vista pudiera pensarse, radicalmente desfasado. Por el contrario, ahora es el momento, con serenidad y objetividad, de comenzar a delinear la historia auténtica de este triste conflicto político, en el que, guste o no guste, el mundo entero ha estado implicado.

José MARÍA NIN DE CARDONA